

5-22-2017

# Contigo en la distancia, contornos de un cruce de VOCES

Luis Felipe Valencia Tamayo

Follow this and additional works at: <http://scholarcommons.usf.edu/surcosur>

---

## Recommended Citation

Valencia Tamayo, Luis Felipe. 2017. Contigo en la distancia, contornos de un cruce de voces. *Revista Surco Sur*, Vol. 7: Iss. 10, 59-61.

**DOI:** <http://dx.doi.org/10.5038/2157-5231.7.10.14>

Available at: <http://scholarcommons.usf.edu/surcosur/vol7/iss10/15>

This NUBES DE PLATA is brought to you for free and open access by the USF Libraries at Scholar Commons. It has been accepted for inclusion in Revista Surco Sur by an authorized editor of Scholar Commons. For more information, please contact [scholarcommons@usf.edu](mailto:scholarcommons@usf.edu).

Luis Felipe Valencia Tamayo

## *Contigo en la distancia,* contornos de un cruce de voces

NUBES DE PLATA

La novelística de nuestro tiempo tiene unos poderosos empeños por reivindicar el papel de la construcción de tramas elaboradas que puedan invocar lo que podría llamarse una evolución de los géneros. Hay que reconocer que una novela no se hace “mejor” cuánto más compleja sea estructuralmente. Las complejidades narrativas pueden ser un elemento de virtud en la medida en que los demás elementos que constituyen su universo también ejerzan su fuerza y muestren la energía que personajes, diálogos, tiempos, descripciones, espacios, entre otros, pueden efectivamente tener.

Pero, antes que nada, debo aclarar que por complejidad narrativa entiendo el hecho de que la novela tiene una arquitectura, un modelo por el cual se ha hecho. En esto las cosas pueden ir de varias maneras, porque si bien hay obras que se estructuran como vaya cayendo la inspiración sobre el papel, hay otras que tienen todo un método de desarrollo. Los resultados también pueden ser tan desiguales como los propósitos. Sobre aquellas últimas es desde donde se puede hablar de complejidad narrativa. Disponen los tiempos, las voces, el desarrollo de los capítulos como si se tratase de la elaboración de un apartamento o, mejor, de una casa, un espacio para que todo lo que se convierta en trama sea profundamente convincente.

El encuentro hoy con las novelas más recientes de los autores latinoamericanos tiene una mística especial sobre todo en el desvelamiento de esas estructuras. Muchas han querido jugar estructuralmente con el manejo de las voces narrativas, como por ejemplo lo ha hecho con mucha gracia el mexicano Élmer Mendoza, otras con los tiempos narrativos, como se ha hecho a diestra y siniestra desde que el Boom dio cédula a la literatura de este lado del mundo, y otras con la polifonía, invocando para cada capítulo una perspectiva de los asuntos que se narran, como si se viera desde varias tribunas un mismo acontecimiento. En esto, ni más faltaba, la experiencia de otras dimensiones de las artes y de las narrativas tiene mucho que aportar. Ningún autor latinoamericano reciente puede desentenderse de esa influencia que, tácita o implícita, proyectan la dramaturgia y el cine contemporáneos. A la sazón, por ejemplo, un autor como Guillermo Arriaga ha diversificado y ampliado su experiencia literaria en el trabajo de tramas —cada una con desafíos narrativos muy interesantes— para la literatura y la gran pantalla. Y, también hay que decirlo, la televisión reciente cuenta con una sólida relación con autores que se han formado en la escritura desde diversos géneros y que se han planteado como opción la realización de productos que puedan tener la funcionalidad de poder ser llevados a otros espacios. En este caso se pueden ver bien, entre otros, a autores como Alberto Barrera Tyszka o a la escritora chilena Carla Guelfenbein.

En el caso de ella, su obra *Contigo en la distancia* está en sintonía con ciertos fenómenos de la literatura actual latinoamericana. La historia va un poco de amor y de muerte, temas sin los cuales no habría literatura, como siempre. Sin embargo, hay empeños estilísticos que



logran que la aventura de tomar el libro y dejarse llevar por su prosa pueda ser una cita para contemplar la vida, la muerte y el amor bajo condiciones que solo el arte brinda. En esto, el talento de Guelfenbein es palpable. Su estilo no es remilgado ni lleno de barniz; al contrario, tiene la particularidad de sentirse suave y delicado promoviendo una personalidad a cada uno de los personajes que intervienen como narradores de su historia. Eso hace que se pueda dar una estrecha relación entre ellos y los lectores y que, a la hora de hacer cuentas, se defina contundentemente de qué iba una historia que tiene una estructura medianamente compleja.

Ningún autor latinoamericano reciente puede desentenderse de esa influencia que, tácita o implícita, proyectan la dramaturgia y el cine contemporáneos.

El personaje central de *Contigo en la distancia* es Vera Sigall, una escritora de origen judío, ucraniana, a quien le ha ocurrido un accidente casero que la deja postrada en coma en un hospital de Santiago. Estos trazos de lo que le ha pasado a la artista los ofrece un narrador un tanto sentimental que se llama Daniel y que se dedica a contar la

vida de Vera como si se lo dijera a ella, con un "tú" continuo que perfila a Daniel como un ser que se sienta a hacerle compañía a su amiga y vecina y que, a la vez, queda pendiente de la casa, de las cosas y de los perros de ella. Otros capítulos los narra una joven llamada Emilia en un tono mucho menos aterrado que el de Daniel. La muchacha es una fanática lectora de la obra de Sigall y busca trabajar con la escritora para comprender realmente la esencia de su trabajo literario a través de una tesis. A diferencia de Daniel, hay en Emilia una emoción que explora la alegría de conocer a Sigall y de poder seguirle los pasos. Para ello, dejará a su esposo y único hombre, Jerome: "Sabía que el motivo por el cual estaba ahí [en Chile] era uno que con Jerome no habíamos explicitado. Uno que ni yo misma tenía el coraje de plantearme", nos cuenta Emilia en el capítulo cuarto de la novela.

En esa alternancia de capítulos, ambos, Daniel y Emilia, nos van develando sus vidas y sus conocimientos sobre Vera Sigall como si se fuera armando un vitral que nos permitirá luego contemplar una imagen completa de lo que es aquella mujer que permanece hospitalizada. Llama la atención que la joven padece un problema con el contacto físico que le ha impedido realizarse como mujer y amante y que la deja siempre al margen con meditaciones sobre lo que puede ser aquello que no puede soportar. Uno de los defectos que se siente bajo este marco es que resulta tristemente llamativo que cuando llegue la hora de sacar las cuentas de lo que ha sido ese problema, lo que parecía una enfermedad sin remedio viene a ser solucionado por un arrebatado de pasión. Y así gradualmente se le fue adentrando a la novela el virus de un guión de telenovela latinoamericana.

Escójase la que quiera, mexicana, por antonomasia, pero también venezolana o colombiana. La que estaba enferma, despierta; la que estaba lisiada, se salva. Emilia, una interesante muchacha con un problema tan soberbio como el que padecía, cae desgraciadamente como personaje, cuando se convierte en símbolo de la superación por el amor. Seguramente, otros lectores tomarán esto como una virtud, y bien podría serlo, pero en el modo en el que se mueven las tuercas de la vida

Premio  
**ALFAGUARA**  
  
 de novela

tiene el amparo de una novelística latinoamericana que sigue apostándole a una búsqueda de identidad en medio de las amplias influencias de otras narrativas.

percepción—, aparece desde la segunda parte de la novela una nueva voz narrativa: Horacio Infante, amigo personal de Emilia, amante de Vera Sigall, y escritor. Con él se desarrolla una trama mucho más interesante y sustanciosa en lo que refiere al asunto mismo de la escritora Sigall que, mientras todo pasa, se mantiene en convalecencia. “Las obras de Vera y de Infante estaban ligadas, de eso no cabía duda. Ahora había que descubrir por qué”, dice Emilia en el capítulo veintiuno de la novela. El terreno en el que se mueve el asunto literario en los trazos de Horacio va ligado a la noción misma de voz narrativa, talento, escritura, inspiración: la poética que se despliega por obra de un autor o de un trabajo en conjunto. Aparecen minuciosas analepsis que le dan altura y sustrato a la vida vivida entre el personaje y la mujer. Viajes, libros, lecturas, los amoríos, los triángulos amorosos y un personaje que viene a darle especial desvío a todo lo que resulta ser la trama: Julián Pérez Sigall, el hijo del matrimonio de Vera.

El lector irá comprendiendo, a medida que avanza en las páginas de *Contigo en la distancia*, que la aparición de nuevos personajes puede traer consecuencias sorprendentes a los que ya venían

encaminados con una historia y un perfil particular. Si bien la presentación y los modos estructurales en los que Carla Guelfenbein hace funcionar tanto a Horacio como a Julián son realmente notables, no deja de dar desconcierto los amaños telenovelescos para hacer que se vayan resolviendo los nudos. Lo que resulta encantador en el manejo de los tiempos y de las voces puede verse ensombrecido por las soluciones un tanto artificiosas para dar desenlace a aquellos encuentros entre los personajes.

Esta historia de amor, que se va tejiendo como una bella trenza, tiene el amparo de una novelística latinoamericana que sigue apostándole a una búsqueda de identidad en medio de las amplias influencias de otras narrativas. En este cruce de caminos, *Contigo en la distancia* se plantea en su cosmopolitismo como una obra que da valor a las personalidades de quienes cuentan y a los tonos de aquellos que nos cuentan un poco de sí mismos. La magia de Guelfenbein es que este cruce de encuentros con Vera Sigall —que ha dicho la autora toma aliento de la vida misma de Clarice Lispector— sea ejecutado con dulzura y un aire de melancolía como condimentos de su claridad.

